

Los nuevos fascismos

The new fascisms

Colussi, Marcelo

 **Marcelo Colussi**

mmcolussi@gmail.com

Universidad de San Carlos, Guatemala,

Revista Kavilando

Grupo de Investigación para la Transformación
Social Kavilando, Colombia

ISSN: 2027-2391

ISSN-e: 2344-7125

Periodicidad: Semestral

vol. 17, núm. 1, 2025

revista@kavilando.org

Recepción: 10 octubre 2024

Aprobación: 20 diciembre 2024

Doi: [10.69664/kavv17n1a537](https://doi.org/10.69664/kavv17n1a537)

Resumen:

En el contexto actual, se observa un resurgimiento de movimientos políticos de extrema derecha, que se manifiestan a través de líderes como Donald Trump, Jair Bolsonaro y Marine Le Pen, entre otros. Este fenómeno, denominado neofascismo, se caracteriza por la promoción de discursos de odio, la deslegitimación de la diversidad y la manipulación de la información a través de las redes sociales y los medios de comunicación. A pesar de la aparente evolución de las sociedades, la ideología capitalista perpetúa desigualdades y fomenta la exclusión, lo que facilita el crecimiento de estas corrientes ultraconservadoras. Este artículo aboga por una resistencia activa y la necesidad de reinventar la izquierda para contrarrestar esta ola de autoritarismo y buscar un futuro más equitativo.

Palabras clave: Neofascismo; Extrema derecha; Desigualdad; Resistencia; Capitalismo.

Abstract:

In the current context, there has been a resurgence of far-right political movements, which are represented by leaders, such as Donald Trump, Jair Bolsonaro, and Marine Le Pen, among others. This phenomenon, called neo-fascism, is characterized by the promotion of hate speech, the delegitimization of diversity, and the manipulation of information through social media and the press. Despite the apparent evolution of societies, capitalist ideology perpetuates inequalities and fosters exclusion, which facilitates the growth of these ultra-conservative currents. This article advocates for active resistance and the need to reinvent the left to counter this wave of authoritarianism and pursue a more equitable future.

Keywords: Neofascism; Far Right; Inequality; Resistance; Capitalism.

Introducción

Desde hace algún tiempo, digamos una o dos décadas en lo que va del siglo XXI, han ido apareciendo fuerzas políticas en distintas partes del mundo que giran hacia una derecha cada vez más extrema, con posiciones que recuerdan el nazi-fascismo de la década del 30 del pasado siglo. Aclaramos desde un inicio que no se incluyen en esa categoría actual las sangrientas dictaduras que asolaron al África y a Latinoamérica en el siglo pasado (Idi Amín, Jorge Ubico, Augusto Pinochet, Jean-Bédél Bokassa, Jorge Videla, Anastasio Somoza, Obiang Nguema, Fulgencio Batista, etc.) que sin dudas fueron propuestas de derecha radical (sanguinarias, visceralmente anticomunistas), pero que no tuvieron las características de los actuales neofascismos, así como se descarta utilizar el término “populismo”, que por tan amplio, se torna confuso.

Del mismo modo, no entran en el análisis planteos que, para la academia y la corporación mediática occidental, se consideran “autoritarismos” (Vladimir Putin en Rusia, Xi Jinping en China, Nayib Bukele en El Salvador), porque no tienen las características de planteos neonazis. Podrían incluirse allí, en todo caso, mandatarios como el israelí Benjamín Netanyahu, más cercano a un planteo neonazi que los arriba citados), o las petromonarquías de Medio Oriente (¿y los parásitos monarcas europeos?). De todos modos, no caerán bajo nuestro análisis ni “populismos” ni “autoritarismos”. Nos concentramos en el renacer del fascismo/nazismo.

Es sabido que el discurso académico-mediático actual ha reemplazado la anterior dicotomía “capitalismo-socialismo”, o “derecha-izquierda”, por esta nueva falacia de “democracia autoritarismo”. Dejemos claro desde un inicio del análisis que no adscribimos al manoseado concepto de “democracia” en el marco del capitalismo -como supuesto bien superior, como forma política superadora de cualquier otra- porque eso encierra una perversa y peligrosísima mentira.

Esas “democracias de mercado” (siendo el modo supremo Estados Unidos) son la cara política de la explotación capitalista, donde supuestamente la alternancia de administraciones en el Poder Ejecutivo representa la voluntad popular. Esa presunta democracia -gobierno del pueblo- da para todo; en su nombre, por ejemplo, potencias capitalistas de Occidente (Estados Unidos y Unión Europea) financian grupos abiertamente nazis (con esvásticas llevadas orgullosamente) en su guerra actual contra Rusia, representando la supuesta libertad que habría que defender en Ucrania.

Valga decir al respecto de estas democracias, para no perdernos en el análisis, que los actuales planteos supremacistas de ultraderecha se dan todos en el marco de esa democracia burguesa, parlamentaria. La gente, con voto popular, elige a estos dirigentes neofascistas, quizá sin saber lo que están eligiendo. Por tanto, abominamos esa democracia, llamada representativa.

En ese sentido no está de más recordar una muy pormenorizada investigación desarrollada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo -PNUD- en el 2004 en países de Latinoamérica donde se destacaba que el 54,7 % de la población estudiada apoyaría de buen grado un gobierno dictatorial si eso le resolviera los problemas de índole económica. Aunque eso conllevó la consternación de más de algún politólogo, incluido el por ese entonces secretario general de Naciones Unidas, el ghanés Kofi Annan (“La solución para sus problemas no radica en una vuelta al autoritarismo sino en una sólida y profundamente enraizada democracia”), ello debe abrir un debate genuino sobre el porqué la población votante lo expresa así.

Democracia formal sin soluciones económicas no sirve, no es democracia. Años después, en el 2022, la encuestadora CID-Gallup realizó una investigación similar en doce países de la región, encontrando resultados análogos: la media de conformidad con la democracia como solución a los problemas cotidianos no supera el 50 %. Debe entenderse en ese contexto que ahí “democracia” es sinónimo de acto electoral, y no más que eso. Por eso a las poblaciones, ese ritual repetido cada tanto tiempo no le soluciona sus problemas más acuciantes; de ahí estos resultados de las encuestas. La dicotomía real del mundo sigue siendo “capitalismo-socialismo”. En otros términos: la lucha de clases, y no otra cosa, es la que continúa dinamizando la historia humana.

Los esquemas de ultraderecha a que hacemos referencia, lo que es objeto de estudio en este ensayo, mantienen discursos supremacistas, racistas, xenófobos, patriarcales y homofóbicos, negando la catástrofe ecológica en curso, defendiendo a ultranza el mercado con un odio visceral contra el Estado y la cosa pública, poniendo un marcado énfasis en las salidas privatistas, llamando a reducir impuestos a la clase propietaria y aboliendo todos los derechos sociales conseguidos en años de lucha popular, permitiéndose atacar también a fuerzas de derecha tradicional que no ponen -al menos, según su criterio- suficiente empeño en el ataque a lo que ven como la principal amenaza a la estabilidad del sistema: los planteos socialistas.

Es obvio que los actuales pensamientos neonazis son extremistas, fundamentalistas; por tanto, muy proclives a ver fantasmas allí donde no los hay. Un ultraderechista como el primer

ministro de Hungría, Viktor Orbán, pudo decir muy campamente que uno de los enemigos a enfrentar para estos planteos extremos que él encarna, son “los judíos de Wall Street”. ¿Se lo podrá tomar seriamente? Si a mediados del siglo XIX Marx y Engels escribieron que el fantasma que recorría Europa era el del comunismo, hoy, parafraseando esa formulación histórica, podría decirse que ese fantasma -que está recorriendo los cinco continentes- es el anticomunismo.

Para que estemos ciertos en el objeto de nuestro estudio y no llamarnos a confusiones, vamos a hablar de este amplio arco que une gente como Donald Trump en Estados Unidos; Jair Bolsonaro en Brasil; Narendra Modi en India; Rodrigo Duterte en Filipinas; Viktor Orbán en Hungría; Giorgia Meloni en Italia; Javier Milei en Argentina; Manuel Fernández Ordóñez y Santiago Abascal en el católico y hereditario reino borbónico de España; el pinochetista José Antonio Kast de Chile; Marine Le Pen en Francia; el ministro israelí de Asuntos de la Diáspora de Israel y de la lucha contra el Antisemitismo Amichai Chikli; el conservador Geert Wilders en Holanda; las iglesias neopentecostales fundamentalistas que, con más de 660 millones de miembros y sucursales en prácticamente todos los países del orbe, están siempre alineadas con las posiciones más conservadoras de extrema derecha, creciendo continuamente en su feligresía; la Red Atlas Network, que cuenta con más de 600 sólidos grupos diseminados en todo el mundo; el economista británico Eamon Butler, director del Adam Smith Institute, de Gran Bretaña; la Fundación para el Avance de la Libertad, con sede en Madrid, España; el Lithuanian Free Market Institute, con sede en Vilnius, Lituania; la Free Market Foundation, con sede en Johannesburgo, Sudáfrica; la Conferencia Política de Acción Conservadora, con sede en Maryland, Estados Unidos; la Heritage Foundation, de Washington, ciudad donde también tiene su sede otro tanque de pensamiento ultra reaccionario como el Instituto Catón; la Fundación Disenso, de la capital española; el Instituto Gatestone, de Nueva York; la Plataforma Libertad y Democracia, que reúne personajes de ultraderecha en Latinoamérica, buscando “combatir con las consecuencias de la izquierda en la región”; la Fundación Pensar, con sede en Buenos Aires, Argentina, y un largo etcétera que nuclea a más de 600 centros de estudio y fundaciones de la extrema derecha, diseminados por buena parte del planeta, con propuestas ultra capitalistas rayanas muchas veces en el neonazismo.

Metodología

El presente estudio sobre los nuevos fascismos se basa en un enfoque cualitativo que combina el análisis crítico de discursos, la revisión bibliográfica y el estudio de casos contemporáneos. A continuación, se detallan los principales componentes de la metodología utilizada.

Análisis crítico de discursos. Se examinan los discursos de líderes políticos y movimientos de extrema derecha, identificando patrones de lenguaje que reflejan ideologías supremacistas, racistas y xenófobas. Este análisis permite desentrañar las narrativas que sustentan el neofascismo y su impacto en la opinión pública.

Revisión bibliográfica. Se realizó una detallada revisión de la literatura existente sobre fascismo, neofascismo y movimientos de extrema derecha, así como estudios sobre el capitalismo y sus efectos en la sociedad contemporánea. Esta revisión proporciona un marco teórico sólido que contextualiza el fenómeno en el ámbito global.

Así mismo, se seleccionan casos representativos de líderes y movimientos neofascistas en diferentes regiones del mundo, como Europa y América Latina. Este enfoque permite ilustrar la diversidad de manifestaciones del neofascismo y su relación con contextos sociopolíticos específicos.

Se indagó sobre el papel de los medios de comunicación y las redes sociales en la difusión de ideologías de extrema derecha, así como su influencia en la percepción pública y en la construcción de identidades colectivas.

Una perspectiva histórica fue clave para comparar las características de los neofascismos actuales con los movimientos fascistas del siglo XX, permitiendo identificar continuidades y rupturas en las ideologías y prácticas políticas.

Esta metodología integral proporcionó un sustento robusto para las afirmaciones del estudio, permitiendo una comprensión profunda de los nuevos fascismos y su contexto en el marco del capitalismo contemporáneo.

Resultados

¿El socialismo no funcionó? En todo caso, cuando se dice eso nos hallamos ante una exageración malintencionada de la derecha, con infames perspectivas ideológicas, y un terror pánico a que la protesta social pueda volver a tomar auge, como en la primera mitad del siglo pasado. Sucede que cualquier planteamiento que se acerque al interés popular, para la derecha recalcitrante y conservadora que se está desarrollando en forma creciente a escala mundial, ya suena a peligro.

Quien realmente está detrás de esa visión en un todo anticomunista, neofascista, antipopular, hiper controladora de los acontecimientos políticosociales, es el interés capitalista centrado en las grandes megaempresas privadas, todo ello, en muy buena medida, impulsado por el gobierno de Estados Unidos, donde se encuentran las más enormes de esas megaempresas justamente. Que son, por otra parte, la mayor fuente de financiamiento de los 600 tanques de pensamiento reaccionario diseminados por el mundo del “libre mercado”.

¿Por qué, entonces, este actual renacer de planteos de ultraderecha, autoritarios, de corte nazi que ahora vemos esparcirse por buena parte del planeta? Estamos ahí ante una muy compleja sumatoria y articulación de causas. Si vemos el panorama mundial, la situación es desalentadora para el campo popular, para las ideas de transformación, de búsqueda de una sociedad más equitativa. Todo indica que, en el momento actual, ese ideario está muy aplastado, abriéndose la pregunta de si será posible reanimarlo.

En el mes de julio de 2024 tuvieron lugar las elecciones para la conformación del Parlamento Europeo. La victoria de la ultraderecha fue contundente en los 27 países que componen la Unión. La población votante, aun sabiendo que se van a reducir los ya menguados derechos socioeconómicos, aun sabiendo que el continente entrará cada vez más en una lógica belicista con la posibilidad cierta de verse envuelto en una devastadora guerra contra Rusia (¿quizá con armas atómicas?), aun viendo cómo se deteriora en forma creciente su nivel de vida y cómo todo el “Viejo Mundo” pasa a ser crecientemente el furgón de cola de la política estadounidense, tanto en lo económico como en lo militar, aun sabiendo todo eso, votó por sus verdugos. El supremacismo blanco, la xenofobia y un conservador terror anticomunista triunfaron.

Algo similar ocurre en otras latitudes: también en junio de 2024 culminó en India el proceso electoral -la democracia más populosa del mundo, con cerca de 1.000 millones de electores- donde ganó por tercera vez consecutiva Narendra Modi, quien exalta sin tapujos el mito nacionalista *hindutva*, en búsqueda de una pretendida India “pura”, solo hindú, excluyendo tajantemente a cualquier minoría, heredero orgulloso de Subhash Chandra Bose, nacionalista admirador de Hitler y Mussolini. El espíritu supremacista y conservador se impone; el fundamentalismo manda.

En Estados Unidos, supuesta cuna de la democracia y la libertad (¿alguien en su sano juicio podrá creerse tamaña bobada, tamaño repugnante insulto a la inteligencia?) se avecinan elecciones. Nada está dicho todavía, pero es sintomático que Donald Trump -quien habló de “países de mierda” refiriéndose a aquellos desde donde llegan tantos migrantes a

suelo estadounidense- se prefigure como posible ganador (“Si no gano, puede empezar la tercera guerra mundial”, expresó). El juicio que se le siguió y en el que fue declarado culpable -lo cual no le impide seguir en la carrera por la presidencia- sirvió para catapultar más aún su figura, logrando que buena parte de la élite económica le mostrara su total apoyo luego del veredicto, con cuantiosas donaciones para su campaña. El racista supremacismo WASP (*white, anglosaxon and protestant*: blanco, anglosajón y protestante) se impone, y la derechización no cesa, con grupos de civiles cazando inmigrantes indocumentados en la frontera con México, con el silencio cómplice de las autoridades.

En diversas partes de Latinoamérica la población elige a sus verdugos (sucedió primero con Mauricio Macri y luego con Javier Milei en Argentina, Daniel Noboa en Ecuador, casi nuevamente con Jair Bolsonaro en Brasil, a quien una muy numerosa turba intentó colocar en la presidencia por la fuerza luego del último triunfo de Lula) o vota contra una imprescindible nueva Constitución en Chile, apoyando así una Carta Magna legada por la dictadura del general Pinochet. Si bien en el subcontinente hay expresiones de centro-izquierda, tibias quizá, pero no enroladas en la extrema derecha neofascista (Colombia, México, Honduras), esas fuerzas de la ultraderecha hacen lo imposible para revertir esos procesos: “El comunismo no se ha erradicado en Latinoamérica y confío en que se transite a regímenes con políticos que realmente representen la voluntad popular, y tenemos esperanza de que un día las cosas van a cambiar” (Eduardo Bolsonaro, 2021, 25m16s), expresó Eduardo Bolsonaro, hijo del expresidente carioca, en el marco de la Conferencia Política de Acción Conservadora -CPAC- (gran cumbre política organizada por la Unión Conservadora Estadounidense) celebrada el 2021 en Brasil.

En términos generales podría decirse que la misma población elige alegremente, casi irresponsablemente, en los términos que las raquílicas democracias del sistema capitalista permiten -es decir: se cumple con el insustancial rito de emitir un voto cada cierto tiempo para que no cambie nada de fondo- a quienes habrán de aplastarlos, eligen a sus verdugos, se ponen la soga al cuello. En todos los casos de estas ultraderechas se trata de planteos conservadores, siempre ligados a posiciones supremacistas, racistas, patriarcales y homofóbicas, excluyentes de cualquier tipo de diversidad; pero fundamentalmente: defensoras acérrimas del capitalismo. Más aún: defensoras de un capitalismo salvaje que se ha venido imponiendo con los planes neoliberales desde hace ya casi cinco décadas. Se elige, quizá sin saberlo claramente, la entronización del mercado, de la supremacía absoluta de los capitales sobre la masa trabajadora, se elige la pulverización de la protesta social y el endiosamiento del “sálvese quien pueda” individualista que se ha venido imponiendo estas décadas, con una adoración absoluta e irreflexiva de la iniciativa privada sobre el Estado, al que se considera inservible, sobrante. “El Estado únicamente sabe crear pobreza, la riqueza

la generamos los ciudadanos a pesar del Estado, no gracias a él. El Estado constituye el monopolio legal del robo y el saqueo, con un bonito envoltorio de retórica social”, expresó el ultraderechista español Manuel Fernández Ordóñez (2024).

¿Por qué ese giro creciente hacia posiciones de ultraderecha, neonazis, absolutamente antipopulares, pero, curiosamente, apoyadas por las grandes mayorías? Ya se ha escrito mucho al respecto. Hay varias interpretaciones; la que aquí proponemos quizá no aporta nada nuevo. Lo que sí es alarmante, es que desde las izquierdas estamos atónitos ante el fenómeno, y no sabemos bien cómo reaccionar. Si aparece un escrito más sobre el asunto, quizá sin contribuir con nada novedoso en términos de análisis, espero que sirva al menos para movilizarnos. ¿Qué nos está pasando que aceptamos alegremente a quienes habrán de sepultarnos? ¿Por qué este generalizado y paralizante “síndrome de Estocolmo”?

¿La gente es idiota y por eso vota por estos candidatos? Plantearlo así encierra un doble error, ambos muy graves. Por un lado, se desconoce por completo la dinámica humana, que va muchísimo más allá de la posibilidad de entender nuestras reacciones como “idioteces”. ¿Quién juzga lo que sería “idiota” entonces? ¿Desde qué posición? Las relaciones sociales no pueden explicarse por apelativos descalificantes. Son infinitamente más complejas. Por otro lado, y en articulación con lo anterior, en términos éticos esa visión es insostenible.

Por algún motivo las grandes masas populares cometen estas conductas en apariencia incomprensibles. ¿Qué las producen? Sería como decir que la gente, por “idiota” fuma, aun sabiendo que eso puede ser nocivo para la salud, o conduce un vehículo en estado de ebriedad, aun sabiendo que eso puede ocasionarle un accidente fatal. La “psicología de las masas” a que dio lugar el psicoanálisis parece más fecundo para analizar estas cuestiones. Los fenómenos colectivos (moda, porras en los estadios, linchamientos, patriotismo exacerbado, etc.) no son “idioteces”. Tampoco lo es esta tendencia *quasi* suicida de votar por candidatos extremistas. Hay que apelar a otras categorías conceptuales para entender todo esto.

Pueden ser oportunas al respecto palabras del primer intento de abordar los fenómenos colectivos, luego retomado por Freud: la “psicología de las multitudes”, del francés Gustave Le Bon (2020, p. 33): “[La masa es] una agrupación humana con los rasgos de pérdida de control racional, mayor sugestionabilidad, contagio emocional, imitación, sentimiento de omnipotencia y anonimato para el individuo por lo que la multitud es extremadamente influenciable y crédula, careciendo de sentido crítico”.

En otros términos: muy manejable. Valen recordar aquí palabras de Edward Bernays, sobrino político de Freud, quien llevó la idea de inconsciente a Estados Unidos dando lugar a la psicología del manejo de masas: “El estudio sistemático de la psicología de masas reveló a sus estudiosos las posibilidades de un gobierno invisible de la sociedad mediante la manipulación de los motivos que impulsan las acciones del ser humano en el seno de un grupo” (Bernays, 2016, p. 4).

Por ser comportamientos tan complejos, no podemos atribuirlos a una sola causa (la presunta idiotez, por ejemplo). Estamos así ante complicados anudamientos multicausales, pero desde ya debe indicarse como elemento clave la manipulación de la que pueden ser objeto las grandes masas.

Retomando lo dicho más arriba, partamos de la base de considerar, quizá en términos algo esquemáticos, que el ámbito político se divide en dos: derecha (siempre conservadora, que intenta mantener el sistema vigente) e izquierda (visión transformadora, que propone superar el capitalismo). Por supuesto que esta es una división simplificada, pues dentro de cada una de ellas, lo sabemos, tenemos diversos matices, a veces contrapuestos. De todos modos, nos sirve para comenzar el análisis.

El mundo, salvo los países donde encontramos planteos socialistas (China con su peculiar “socialismo de mercado” o “socialismo a la china”, y algunos pocos bolsones que resisten por allí: Cuba, Norcorea, Vietnam), diríamos países “de izquierda”, la casi totalidad del mundo es capitalista. Como tal, el sistema tiende a perpetuarse, es conservador. Por tanto, es de derecha. La socialdemocracia (planteos de centroizquierda, de capitalismo con rostro humano, o capitalismo “serio”, como se ha dicho), en definitiva, no deja de ser capitalista: explotación de la masa trabajadora por los propietarios de los medios de producción, lucha de clases mediante.

Por tanto, el mundo es, mayoritariamente, de derecha (“Nueve de cada diez estrellas son de derecha”, dijo sarcástico el cineasta español Pedro Almodóvar); la gran masa votante, manejada cada vez con técnicas más sofisticadas, es de derecha (Homero Simpson es su fiel representante). O mejor dicho aún: la clase dominante no permite que se desarrolle un pensamiento de izquierda, crítico, analítico. Los poderosos, los amos del mundo, prefieren la anestesia. Lo que la gente piensa -ahora volcándose hacia estas posiciones ultras- está fríamente calculado por una élite dominante, tal como escribía el pensador austro-germano Günther Anders (2011, p. 111)

Para sofocar cualquier revuelta por adelantado (...) métodos arcaicos como los de Hitler son anticuados. Basta con crear un condicionamiento colectivo reduciendo drásticamente el nivel y la calidad de la educación. (...) Que la información destinada al público en general sea anestesiada de cualquier contenido subversivo. Transmitiremos masivamente, vía televisión [hoy día deberían agregarse redes sociales y aplicaciones de internet], estúpidos entretenimientos, siempre halagando el instinto emocional.

“Estúpidos entretenimientos” más claro: imposible. La gente no es estúpida, sino que la vuelven estúpida. ¿Cómo entender, si no, que una gran masa de población, eternamente sojuzgada, vea como el principal motivo de sus penurias a un otro diferente? (el extranjero, el de otra etnia, el de otra orientación sexual, el que no es igual que yo). ¿Cómo entender, si no es a partir de una manipulación creciente -recordemos lo dicho con tanta evidencia por Bernays- que un pobre y excluido se sienta más identificado con un rico y poderoso que con un igual?

Los medios de comunicación masiva, las redes sociales que posibilita el internet con los *net centers* o los *troll centers* operando (mentiras organizadas), la promoción inmoral de lo que hoy día se ha dado en llamar -con total tranquilidad y desvergüenza- *fake news* (noticias falsas), mantienen el mundo de la llamada “posverdad”. Ya no hay verdades, eso no importa; lo único que cuenta es el efecto que se consigue con un mensaje. Y aunque se hable de “desarrollo” y “evolución” de los pueblos, toda la población global es bombardeada a diario con innúmeras mentiras, grotescas, burdas (¿estúpidos entretenimientos?), pero que a la postre dan resultados. Para el caso, no hay pueblos “evolucionados” y “cultos” que sepan/puedan identificar las manipulaciones: todos caen bajo el mismo rasero.

El sistema se autoperpetúa, y votar en las elecciones de la institucionalidad capitalista no permite ningún cambio real. Pero en estos últimos tiempos asistimos a algo llamativo: ganan en las urnas -y se empiezan a difundir por las sociedades con organizaciones civiles muy activas- planteos ultraconservadores, que no son muy distintos a las experiencias del nazismo y del fascismo del siglo pasado. Triunfa el odio contra el diferente y se entroniza un discurso patronal: “los pobres son pobres por vagos”, “los inmigrantes son un peligro para los nacionales”, “los diferentes -diversidad sexual y todo tipo de diferencia posible- son una escoria”, “ateos y proaborto son una ofensa a las tradiciones”. ¿Por qué la gran masa popular del mundo, en vez de reaccionar contra un sistema crecientemente injusto, despiadado y mortífero como es el capitalismo, que oprime y excluye, lo termina avalando?

Lo preocupante en todo esto es que, además de ese adormecimiento que se va creando en la gente (“estúpidos entretenimientos”, no olvidarlo nunca), y la pérdida de conciencia de clase, de lucha contra la explotación que sufre, es que estos planteamientos reaccionarios

abran la puerta a nuevas feroces represiones, abiertas por parte de los Estados, o llevadas adelante por los grupos neonazis que pululan por doquier.

Definitivamente las poblaciones reaccionan así, sintiéndose amparadas por sus victimarios, no por “idiotas”, pues inciden allí otros factores:

- 1) El auge del neoliberalismo en décadas recientes.
- 2) La derrota actual de los planteos socialistas.
- 3) Un clima de derechización creciente que tiende a repetirse imitativamente.

Quizá secundariamente, articulados con los anteriores:

4. Crisis del sistema capitalista.
5. Auge de la robótica y exclusión de grandes masas.

El auge del neoliberalismo en décadas recientes

Como se ha dicho más arriba, las políticas de ajuste estructural llamadas “neoliberalismo” son, además de un plan económico por el que los que más tienen si siguen enriqueciendo más aún a costa de las grandes mayorías que se tornan cada vez paupérrimas, un plan político-social-ideológico. ¿Por qué surge ese neoliberalismo en la década de los 70 del siglo pasado, iniciado como plan piloto en el Chile del dictador Pinochet, supervisado directamente por la CIA y con la presencia del principal ideólogo de esas tendencias en suelo trasandino, el economista estadounidense Milton Friedman, de la Universidad de Chicago, luego replicado prácticamente en la casi totalidad del planeta?

El sistema capitalista, como dijimos, es conservador; tiende a perpetuarse, y por nada del mundo tolera cambios. Cambios cosméticos que no cambian nada (gatopardismo), sí; cambios profundos: imposible. Desde inicios de la gran era industrial y el crecimiento del proletariado urbano entre los siglos XVIII y XIX -primeramente, en Europa, luego en países del Sur, combinándose eso con grandes masas campesinas en el ámbito agrario- el sistema fue adversado, enfrentado. En principio la lucha sindical, luego los primeros atisbos de pensamiento anarquista y socialista utópico, hasta llegar al socialismo científico con Marx y Engels en la segunda mitad del siglo XIX, el ideario anticapitalista fue creciendo. Entrado el siglo XX mostró una gran fortaleza, con un poderoso movimiento sindical contestatario y las primeras experiencias socialistas. Ahí están Rusia en 1917, Vietnam en 1945, China en 1949, Cuba en 1959; Nicaragua cerró el ciclo de revoluciones socialistas en 1979. Si esa primera

mitad del pasado siglo dio como resultado el crecimiento del movimiento socialista, con sonados triunfos y fenomenales avances para su población (se avanzó sobre el hambre y la ignorancia, se desarrollaron exponencialmente las ciencias y la cultura, todo el mundo tuvo acceso a los satisfactores básicos), a partir de los 70 el sistema reaccionó violentamente, deteniendo la protesta social y cualquier posibilidad de cambio revolucionario. Surge ahí lo que llamamos “neoliberalismo”.

Comenta Jorge Gandarilla Salgado (2024):

Si por neoliberalismo entendemos “la imposición de una lógica normativa global” (Laval y Dardot, 2013: 12) que se viene ejecutando desde hace más de cuatro décadas (al menos desde el 11 de septiembre de 1973 con el golpe militar en Chile, que destituyó el gobierno democráticamente electo de Salvador Allende) habrá que decir que para estos momentos, dicho programa asociado a la reversión de conquistas sociales y al retraimiento de las acciones de gobierno (cuando éstas amenazan al capital y su rentabilidad), se halla ya más extendido, por el mundo entero, de lo que el fascismo mismo pudo imaginar, ni en su momento de mayor esplendor.

Esas políticas, que en Latinoamérica se erigieron a partir de feroces y sangrientas dictaduras militares, para los 80 y 90 se esparcieron por todo el mundo, de la mano de lo que se dio en llamar “globalización”. Los organismos crediticios internacionales (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, brazos operativos de la gran banca privada capitalista, fundamentalmente la estadounidense) fueron los actores claves.

Sumado eso a los mecanismos de control social en lo ideológico-cultural cada vez más sofisticados y eficientes -y a la represión brutal con armas y mucha sangre cuando el sistema lo considera necesario- las posibilidades de transformación radical fueron quedando en la historia. Luego de la histórica Revolución Sandinista de 1979 en Nicaragua, ya no se vivió nunca más un proceso popular de cambio. El sistema pudo permitir -a lo sumo- los progresismos que vemos aún en Latinoamérica, sin cambios sustanciales en la estructura. Cambios importantes, pero que no abren una dimensión anticapitalista (¿capitalismo con rostro humano, en todo caso?). Esto, por supuesto, puede inaugurar un largo e imprescindible debate que, sin dudas, excede al presente opúsculo.

Los esquemas fondomonetaristas marcaron la dinámica global por años -y la siguen marcando: ¡el neoliberalismo no ha terminado! -, dejando así una desarticulación de las luchas sociales. Eso pasa factura.

“Al hacer de la competencia el principio universal de las relaciones interhumanas, el neoliberalismo ha ridiculizado la empatía por el sufrimiento de los demás, erosionado los

cimientos de la solidaridad y, por tanto, destruido la civilización social”, razona Bifo Berardi (2024). Ese sistemático ataque a los valores solidarios, a la organización social, a la conciencia de clase de las y los trabajadores propiciando un supuesto “emprendedurismo” buscando transformar a los trabajadores en “colaboradores” de una presunta “gran familia empresarial”, abre las puertas y pone los cimientos para la ultraderechización que vemos actualmente, con un desprecio por el otro distinto. “A diferencia del nazifascismo histórico que practicó una economía estatista, la ola supremacista fusiona los clichés del racismo y el conservadurismo cultural con un énfasis histérico en el liberalismo económico: la libertad de ser brutal”, concluye Berardi (2024).

Los ideales de solidaridad que acompañaron a los movimientos político-sociales del inicio del siglo XX, y que se prolongaron hasta entrada la segunda mitad de la centuria, hoy parecieran extinguidos. La prédica continua del anticomunismo que marcó todo el siglo, llevado al paroxismo durante la Guerra Fría, se conjuntaron con los valores hiper individualistas del neoliberalismo, todo lo cual preparó el camino para la aparición de los actuales supremacismos.

A ello debe sumarse el individualismo casi narcisista, hedonista incluso, que van generando las nuevas tecnologías productivas, donde la gente de carne y hueso empieza a “sobrar”, y donde un sujeto aislado, conectado a todos los actuales dispositivos electrónicos, se puede sentir autosuficiente. Incluso, hasta la sexualidad cambia por ese encapsulamiento a que llevan las nuevas tecnologías: el otro pareciera “sobrar”; la virtualidad reemplaza a lo presencial.

La derecha, en cualquiera de sus formas, sigue trabajando siempre por lo mismo: por mantener el estado de cosas inalterable. Puede haber cambios cosméticos (gatopardismo); es decir: cambiar algo superficial, dando la idea de modernidad progresista, para que nada cambie en lo sustancial, en la base. Su enemigo natural, por tanto, es el socialismo. O, dicho de otro modo: cualquier forma atentatoria contra su esencia explotadora, cualquier protesta, cualquier intento de transformación de algo que la derecha considera lo “natural”, casi de origen divino.

Si bien en algunos momentos de la historia el sistema se puede permitir ciertas libertades y pudo haber desarrollado una visión más “humana” -la socialdemocracia, por ejemplo-, el capitalismo actual está empeñado en hacer desaparecer totalmente la protesta. La gran paradoja: estamos ante tecnologías del siglo XXI, ya mirando el XXII, mientras seguimos con una ética más cercana al siglo XIX, o anterior incluso. Como se dijo más arriba: ¿quién dijo que con el capitalismo se terminaba el esclavismo? La arquitectura planetaria actual nos

confronta con algo más cercano al látigo (sutil, electrónico, con inteligencia artificial) que a reales procesos emancipatorios.

Al sistema en su conjunto, basado en la explotación de la clase trabajadora (eso no ha cambiado un ápice) lo único que le interesa es continuar con su “clima de negocios”; las formas políticas que asume la sociedad -basadas siempre en la engañosa, perversa democracia representativa con elecciones periódicas- no son su principal preocupación. La “locura” hitleriana fue permitida por las élites, así como hoy permite estas nuevas construcciones neonazis, o un desequilibrado como Javier Milei en la presidencia de Argentina. Lo llamativo de estos tiempos es la fuerza con que esas ideas de ultraderecha cunden sin obstáculo, mantenidas en muchos casos por las mismas masas explotadas.

¿Por qué la gente opta por sus verdugos? Proceso complejo como el que más.

La derrota actual de los planteos socialistas

El ideario socialista surgió como un grito de guerra contra la explotación capitalista. Desde el Manifiesto Comunista de 1848, ese grito sigue vigente, tan vigente ahora como hace 176 años. Han cambiado muchas circunstancias: los capitales dominantes ahora son monopólicos, imperialistas, globales, con preeminencia siempre en aumento del sector financiero, y los métodos de producción han variado sustancialmente: la robotización y la inteligencia artificial, en vez de favorecer a la gran masa humana, solo beneficia a una élite dominadora, excluyendo en forma creciente a gente de carne y hueso. El mundo se ha dividido muy tajantemente entre Norte próspero (Estados Unidos y Canadá, Europa Occidental, Japón) y Sur empobrecido (África, Latinoamérica, sectores de Asia), con distancias siderales de un polo al otro. El consumismo voraz que genera el capitalismo -obsolescencia programada mediante-, no conocido aún por Marx y Engels, complica aún más las cosas, produciendo la monstruosa catástrofe ecológica en curso (Antropoceno).

El panorama actual es muy acertadamente descrito por el brasileño Henrique Canary (2024b):

La clase trabajadora “clásica” (fabril) se descompone, se desestructura, se vuelca en las apps, las bicicletas Glovo y los coches Uber. La economía -y con ella la clase trabajadora- se plataformiza. El movimiento sindical está en crisis y tiene enormes dificultades para organizar a la gente. Las desafiliaciones son masivas. Los sindicatos se vuelven ajenos a la clase trabajadora y a su vida cotidiana. Pocos responden a sus convocatorias. La propaganda neoliberal enfrenta a unos trabajadores con otros. Los huelguistas son “vagos”, sobre todo los empleados públicos, que son “privilegiados” y “no quieren trabajar”.

Habría que agregar allí nuevas modalidades que vienen a marcar el mundo actual. Todo, crecientemente, va digitalizándose. Si bien hay enormes diferencias entre los polos de prosperidad y las grandes concentraciones de pobreza, crecientemente la población mundial es llevada al mundo de la digitalización: contactos a través de la telefonía móvil con aparatos llamados “inteligentes”, teletrabajo, compras en línea, estudio en línea, búsqueda de pareja en línea, sexo en línea, videojuegos a su máxima expresión, ¡hasta curas confesando en línea!

Articulado con ello, aparecen los y las llamadas *influencers*, raros personajes que este mundo virtual posibilita, donde muchos jóvenes entran en la lógica de esta ocupación con la promesa de devenir millonarios. Ya no hay educadores, se dijo mordazmente: ¡hay influencers! Es decir: no se educa, sino que se influencia. Según estudios consistentes, muy buena parte de la población mundial pasa alrededor de 13 horas diarias ligada a esto que ahora se llama infoesfera (“Envolvente capa de *esmog* electrónico y tipográfico compuesto de clichés del periodismo, entretenimiento, publicidad y gobierno”, según la ya clásica definición de R. Z. Sheppard (1971)).

Más allá de estos cambios en su dinámica, la esencia del capitalismo se mantiene: explotación feroz de la clase trabajadora y beneficios cada vez más enormes para una pequeñísima élite privilegiada. El socialismo, como reacción a esas injustas y odiosas asimetrías, sigue siendo la búsqueda de una sociedad igualitaria, donde todo el mundo tiene una calidad de vida digna con los satisfactores básicos cubiertos: alimentación, vivienda, salud, educación, infraestructura básica, seguridad, acceso a la cultura. Eso sucedió en las diversas experiencias socialistas del siglo XX, y sigue ocurriendo en China, el país socialista más desarrollado hoy día, aunque la corporación mediática capitalista oculte eso. Sucede que esas primeras balbuceantes experiencias de la primera mitad del siglo pasado fueron quebrándose, o resistiendo en condiciones precarias; si bien es cierto que eso se debió en parte a problemas internos (no hay que temerle a la autocrítica), pesó infinitamente más el despiadado ataque externo (25 millones de muertos y 75 % de su infraestructura destruida en la URSS durante la Segunda Guerra, 380,000 toneladas de napalm arrojadas sobre Vietnam, bloqueo inmisericorde durante 60 años a Cuba. ¡No olvidarlo jamás!).

Todos estos tropezones que sufrió el campo socialista, y su disolución iniciada con la caída del Muro de Berlín en 1989, sirvieron para que el discurso de la derecha (tradicional o neonazi) cantara jubiloso el “fracaso” del socialismo. En realidad no hay ningún fracaso ahí, como ni remotamente hay “éxito” en el capitalismo: en él se produce más comida de la necesaria para alimentar bien a toda la humanidad, pero el hambre sigue siendo uno de los

principales flagelos de nuestra especie (20.000 muertos diarios a nivel planetario por inanición o por afecciones directamente vinculadas a la falta de nutrientes), mientras busca agua en Marte olvidando que aquí 10.000 personas diarias fallecen por la desigual distribución planetaria de ese líquido -150 litros diarios Homero Simpson versus 2 litros diarios un habitante del África subsahariana- y la fabricación y venta (¡y utilización!) de armas es su negocio más desarrollado (70.000 dólares por segundo gastados en ellas). La guerra siempre como una válvula de escape cuando el sistema se traba. ¿Dónde está el pretendido éxito?

Si ahora surgen estas posiciones de derecha ultra, fundamentalistas, hiper conservadoras, anti estatistas radicales, destrozando los pocos derechos que aún tienen las clases trabajadoras y los pueblos de a pie, esto debe entenderse como una vuelta de tuerca más a la explotación que trajo el neoliberalismo: “Abrir la puerta al socialismo es abrir la puerta a la muerte”, puede decir un payaso funcional al sistema como el actual mandatario argentino, Javier Milei, negando el cambio climático y la dictadura que padeció su país años atrás, con 30.000 personas desaparecidas. Esperpento tan funcional al sistema -no olvidar sus vinculaciones con la Fundación Atlas Network, tanque de pensamiento ultraconservador ligado a la CIA y a la NED de Estados Unidos- como fue en su momento otro payasesco personaje, fiel a los capitales occidentales en su lucha contra la Unión Soviética, ese cabo de ejército devenido comandante supremo del pretendido imperio teutón, basado en la desopilante idea eugenésica de superioridad étnica, Adolf Hitler.

El actual pensamiento de ultraderecha que recorre buena parte del mundo es una versión corregida y aumentada del anticomunismo visceral que se fue generando con la Guerra Fría, y que luego se evidenció, con un profundo odio de clase, en las políticas neoliberales. Las actuales ultraderechas llevan ese anticomunismo al límite. Las élites globales no se dan cuenta de lo destructivo que puede llegar a ser implementar las ideas del socialismo. No saben qué tipo de sociedad y país puede producir y qué niveles de abuso puede llegar a generar,

Javier Milei, presidente de Argentina (2023-2027) en el 2022, en un discurso emitido durante la Conferencia Política de Acción Conservadora afirmó: “Como amantes de la libertad, todos debemos estar preocupados por la expansión del socialismo en América Latina (...) [Nos oponemos] a un marxismo cultural que está destruyendo sistemáticamente las almas de nuestros hijos” (El Viejo Libertario, 2022, 7m35s).

Manifestó la ultraconservadora parlamentaria británica Miriam Cates. Cualquier propuesta con sabor a transformación, o a cuestionamiento de un orden dado (en la ética, en

los valores religiosos, en las preferencias sexuales, no digamos ya en la política) es vista por estas posiciones como un demonio, la representación misma del infierno en la Tierra, con Satanás atizando las luchas tridentes en mano. Por lo que se ve, la Santa Inquisición medieval no ha terminado. El capitalismo más extremista se encarga de mantenerla viva (así como ese capitalismo habla de democracia mientras mantiene colonias o invade países, y habla de libertad, pero se basa en lo apuntado más arriba como manejo de las poblaciones: “estúpidos entretenimientos”).

El desmantelamiento de los proyectos transformadores -la reversión de los socialismos reales y la represión brutal de los movimientos revolucionarios en distintas partes del mundo- ha silenciado la protesta. O más precisamente dicho: no le ha permitido materializarse, pues protesta hay. Los miles de muertos, desaparecidos, torturados y borrados del mapa que el sistema ha producido en su feroz guerra anticomunista, dejó descabezada la protesta, falta de un proyecto articulado. Si hoy no se vislumbran claros proyectos transformadores desde la izquierda no es tanto por la incapacidad y/o torpeza de la gente que se adscribe como socialista (con grandes pensadores, intelectuales, científicos, activistas, etc.) sino por la represión brutal a la que fue -y sigue siendo todavía- sometida durante años. Sin dudas que hoy continúa habiendo protestas, en un mundo que muestra cada vez más asimetrías e injusticias; la gente reacciona, protesta, se manifiesta, pero no existen los canales adecuados para convertir ese monumental malestar en un proceso de transformación. No hay proyecto revolucionario articulado ni grupo que conduzca el descontento. Pareciera que la lapidaria frase de Fukuyama es profética: ¿fin de la historia y de las ideologías?

Al inicio del siglo XXI en Latinoamérica, en muy buena medida impulsados por la Revolución Bolivariana que había comenzado en Venezuela con la presencia de un líder popular como Hugo Chávez, varios países transitaron procesos de “progresismo”, con propuestas de centroizquierda moderadas.

En varias naciones del subcontinente se asistió a esto tipo de proyectos: Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Uruguay; años más tarde México y Colombia. Sabiendo que no se estuvo nunca en ninguno de ellos ante verdaderos cambios revolucionarios, sino en mejoramientos parciales de la situación del histórico pobrerío -el gran desarrollo económico de China comprando materias primas latinoamericanas a buenos precios ayudó-, pasados algunos años no se produjeron transformaciones de raíz. De hecho, no se podía. “En mi país ya no hay lucha de clases”, pudo decir alguno de estos mandatarios progresistas. En realidad, nunca hubo planteamientos socialistas efectivos; no se pudo pasar de socialdemocracia, asfixiadas por las deudas externas y el acoso de las potencias imperiales.

Evidentemente, se estuvo ahí siempre lejos de los planteos socialistas de las primeras experiencias anticapitalistas del mundo, las ya mencionadas Rusia, Vietnam, China, Cuba. Como tales, procesos tibios de capitalismo de rostro humano, no terminaron con lacras históricas como la corrupción, el clientelismo, la burocratización, el autoritarismo.

Ni tampoco con el machismo patriarcal y el racismo. Todo ello -lo cual se puede ver como una tibieza, o una carencia programática-, más una monumental campaña de desprestigio de la derecha global, contribuyó a que en el imaginario popular se fortaleciera la imagen de socialismo como equivalente a “desastre”. “¡Miren cómo está Venezuela!”, evidenciando el empantanamiento del preconizado “socialismo del siglo XXI” -que, en realidad, nunca llegó- pasó a ser un latiguillo para condenar estos progresismos, sacándose la conclusión que “comunismo es caos, desabastecimiento y corrupción autoritaria”. En tal sentido, las izquierdas no parecen ofrecer nada bueno. De ahí la frase de Milei elegida como epígrafe, que para muchísima gente es una verdad incuestionable.

Un clima de derechización creciente que tiende a repetirse imitativamente

No puede decirse que el clima de derechización creciente que se vive en buena parte del mundo sea simplemente una “moda”. Eso sería quitarle el verdadero perfil al fenómeno que está ocurriendo, rebajándolo de categoría. Todo ese complejo proceso obedece a motivaciones mucho más profundas que a la superficialidad de una moda, la cual es siempre algo pasajero, cambiante.

De todos modos, en el ámbito social también hay tendencias que se establecen, y se asiste así a un fenómeno de mimetización colectiva. No es exactamente una moda -como en las prendas de vestir, por ejemplo, impulsada por los fabricantes de ropa, o los tatuajes, que se han transformado en una nueva mercancía para consumir (en el capitalismo absolutamente todo es mercancía para el consumo)- sino una expresión masiva de algo que se va difundiendo, que no responde a un centro de poder que lo manipula específicamente para promover su venta, sino a un “espíritu colectivo” -si se permite usar esa expresión- que se difunde, se esparce, se copia, se imita, y marca un momento civilizatorio. Sería lo que en alemán se conoce como *Zeitgeist*: espíritu de la época, el clima cultural que signa un momento histórico.

La década de los 70 del siglo pasado estuvo marcada por un “espíritu” contestatario, rebelde. Las protestas anti sistémicas, o ante el estado de cosas dado, sin propuesta de transformación revolucionaria, pero expresión de un descontento latente, de un malestar

que se expresaba de distintas formas, se expandieron en diversos ámbitos: desde las guerrillas de izquierda inspiradas en la mística guevarista hasta las guerras de liberación nacional del África, desde los movimientos hippies que llamaban al no-consumo hasta las marchas pacifistas contra la guerra de Vietnam, desde la liberación femenina y sexual hasta los movimientos sociales en ascenso, desde fuerzas de izquierda que crecían hasta estudiantados que alzaban la voz por doquier, con un Mayo Francés como fuente inspiradora, desde cuestionamientos en los más diversos ámbitos hasta una Iglesia católica que se puso en sintonía con ese *Zeitgeist* promoviendo la teología de la liberación y su opción preferencial por los pobres, con curas obreros y monjas comprometidas.

Eran épocas de movilización, de protesta, de agitación social. Eran épocas de izquierda en ascenso. Ante ello, como se dijo más arriba, el sistema reaccionó: con represión sangrienta en muchos casos, y con los planes neoliberales que fueron quebrando la protesta.

Hoy, medio siglo después, ese clima cultural generalizado se ha ido totalmente al otro extremo: la solidaridad fue reemplazada por el más acendrado individualismo, el compromiso social se tornó egocéntrico interés por el propio metro cuadrado y despreocupación por el otro, la apertura al otro y a la diferencia se hizo odio y repudio al diferente. En estos momentos ese clima general individualista y competitivo, ese *Zeitgeist* se expande victorioso por buena parte del planeta.

Hay un fenómeno imitativo: en general -psicología de las masas- los colectivos tienden a identificarse con lo que está en el tapete, con lo que “se usa”, con lo que “se dice”, con lo que se identifica como “ganador”. El primado de lo habitual, que tiene valor de “correcto”, se impone.

Asistimos así a tendencias que, pareciera, tienen vida propia. De un momento histórico de avance de la izquierda (para los 70 del siglo pasado, un cuarto de la población mundial vivía en países que, diferencias por medio, podían considerarse de izquierda) se pasó ahora a un clima dominante de derecha conservadora. Lo increíble -pero que tiene causas concretas- es que la población, como dice el pensador surcoreano Byung-Chul Han (2014, p. 30), “se explota a sí mismo, a saber: voluntariamente, sin coacción externa”.

Sin embargo, en realidad estos personajes neofascistas (los políticos de profesión mencionados más arriba, finalmente empleados asalariados de las élites) no tienen vida propia: son la expresión política, sin máscaras, de lo que las élites piensan y proyectan como plan de dominación.

En realidad, ellos son los muñecos del ventrílocuo, que pueden decir -a veces en forma histriónica- lo que los amos del mundo pergeñan. Lo que queda claro es que luego de la Guerra Fría, ganada por una de las potencias, y luego de los planes neoliberales antipopulares, la lucha de clases -o “guerra de clases”, como dijo el multimillonario estadounidense Warren Buffet- no cesó, sino que siguió profundizándose. Las actuales ultraderechas lo dejan ver. El agravante actual es que las características que fue tomando la dinámica global hizo de las migraciones del Sur hacia el Norte un tema de importancia capital. Eso alimenta un espíritu antiinmigrante que estas propuestas conservadoras explotan al máximo.

Lo increíble, lo que nunca dice esa derecha, es que cuando algunas de las más grandes empresas privadas patinan, ahí está el Estado rescatándolas, proporcionándoles millonarias inyecciones de capital con dineros públicos (caso General Motors, Chrysler Corporation, el banco Goldman Sachs, el Bank of America, todas ellas en Estados Unidos, el Crédit Lyonnais en Francia, Parmalat en Italia, la banca alemana en su momento y su enorme empresa aérea Lufthansa, rescate del sector financiero en España con fondos públicos, otro tanto en el Reino Unido, o en México, y un largo etcétera. Es decir: al capital ¿el Estado le sirve cuando lo rescata ante una crisis y no cuando le cobra impuestos? Doble discurso hipócrita en juego, ¿verdad?

De todos modos, no puede dejarse de mencionar que las élites, en general a través de sus destacados actores histriónicos -Hitler o Mussolini en el pasado, gente como Milei en la actualidad- impulsan la guerra cultural-ideológica, y estas políticas de odio por las diferencias no dejan de serles funcionales, siempre sobre el fondo de la apología de la iniciativa privada y la demonización de lo público. Azuzar fantasmas de destrucción que traen las “cosas nuevas” -el extranjero, el raro, la persona trans, el comunismo, etc.- todo ello sirve para mantener el sistema.

Crisis del sistema capitalista

El sistema capitalista global presenta enormes problemas (al menos para la gran mayoría de la humanidad, fuera del 15 % de sectores medios que vive con cierta comodidad, y una minúscula porción de ricos que maneja las cosas); sin dudas para su élite dominante, funciona, y por absolutamente nada quiere cambiar esa situación. El principal problema que enfrentó el siglo pasado: “la revolución socialista”, hoy parece conjurado. Entre represiones bestiales, manejo monumental de las conciencias de la población a través de los mecanismos ideológico-culturales que embrutece y adormecen (“estúpidos entretenimientos”), y los planes neoliberales de las últimas décadas, la protesta social

pareciera ampliamente controlada. Surgen, de todos modos, continuas protestas, alzamientos, rebeliones; ¿por qué no habrían de surgir, si la naturaleza misma del capitalismo es oprimir a la clase trabajadora, explotarla, reprimirla cuando alza la voz? Sucede, sin embargo, que a través de todos estos dispositivos y acciones logró quebrar las ideas de transformación. Para muchos ideólogos de la derecha (y muchos propietarios de medios de producción fundamentalmente), esos ideales de cambio quedaron borrados, extintos. La apuesta para la izquierda actual es ver cómo eso se puede reactivar. No es fácil, pero la lucha no ha terminado.

En realidad, el sistema se siente victorioso. De todos modos, nunca deja de encontrar posibles nubarrones. Ahora, si bien no con planteos claramente socialistas, la aparición de los BRICS con las potencias china y rusa al frente, al capitalismo occidental, hasta ahora intocable, se le han prendido las alarmas. La guerra -nefasta concepción, pero que ahí está- se ve siempre como una posibilidad de mantenerse con vida: el negocio de las armas y de destruir para luego reconstruir, es una forma de dinamizar a un capitalismo alicaído. Hoy la hiper militarización que se vive, a las grandes mayorías no le conviene; pero sí a las pequeñas élites que medran con ella.

Estamos ante un mundo que está dejando de ser unipolar, con Estados Unidos manejando todo; la multipolaridad no es, necesariamente, un esquema socialista, pero abre un nuevo escenario planetario. La cuestión es ver si eso beneficiará a las grandes masas populares, hoy sojuzgadas. Lo cierto es que en Washington y en Bruselas se prendieron las luces rojas.

El sistema capitalista global viene sufriendo una crisis desde hace ya casi dos décadas, habiendo golpeado fundamentalmente en el Norte, pero también con repercusiones en los países capitalistas periféricos. La crisis financiera desatada en el 2008 aún no ha terminado, y la total reactivación económica se demora.

Eso no significa que sea una crisis terminal. Para la principal economía del mundo, Estados Unidos, el negocio de la guerra constituye siempre una válvula de escape: inventar guerras en cualquier parte, lejos de su territorio obviamente, lo que le permite reconstruir los países destruidos (haciendo negocio por ello) y mover su complejo militar-industrial, ariete dinamizador de su economía doméstica, es una “solución”.

La actual guerra de Ucrania -que es solo el campo de batalla de otras potencias, con el agravante que la población ucraniana es la que pone el cuerpo, hoy ya con 400,000 muertos- es un intento de no perder su sitio de dominio, apuntando en definitiva hacia el principal problema del capitalismo occidental: el avance de China socialista.

Por otro lado, el traslado de buena parte del parque industrial de las potencias occidentales y de Japón a los países pobres del Sur (aprovechando los bajos salarios de allí, las exenciones fiscales, la falta de controles ambientales y de trabajadores sindicalizados) ha ido empobreciendo a su propia población trabajadora. Para las compañías multinacionales no hay problemas, sino por el contrario: mayores ganancias. Pero para los asalariados nacionales (obreros industriales, clase media), ese traslado sí ocasiona pérdidas. Es obvio que el capitalismo está hecho a la medida de las empresas y no de los trabajadores. Como respuesta a esa crisis, el discurso político busca chivos expiatorios en los migrantes indocumentados (latinoamericanos para Estados Unidos, africanos y medio-orientales para Europa).

No hay duda de que no estamos frente a una crisis terminal del sistema, pero la primera economía mundial presenta severos problemas: una decena de bancos ha quebrado en los últimos cinco años, y ahora se anuncia que otros sesenta están al borde de la bancarrota. Desde hace décadas se habla de la peligrosa “burbuja” en la que vive el país, con una intrincada mezcla de factores: una moneda sin respaldo real que comienza a ser seriamente atacada por los BRICS y el proceso de desdolarización en marcha, una deuda exorbitante técnicamente impagable, la extrema volatilidad de la Bolsa de Valores, un abultado déficit en la balanza comercial con los países asiáticos. Cuanto más pasa el tiempo, más se acumulan esos problemas y más aumenta la posibilidad de una implosión, es decir, la posibilidad de que la burbuja estalle. Varios Premios Nobel de Economía han advertido ese peligro.

La guerra actual de Ucrania, y la imposición a los países de la Unión Europea de no comprar más gas natural barato a Rusia, ha favorecido a la economía norteamericana. El capitalismo es despiadado, no solo desde los propietarios del capital hacia la clase trabajadora sino también -lo cual es motivo de guerras- entre los propios capitalistas.

Donde ahora pesa mucho más la crisis es en Europa, a partir de esas leoninas medidas impulsadas por Washington. Como sea, la crisis campea. China sigue fortaleciéndose, y otro tanto Rusia. ¿Será una guerra nuclear la salida? No debe olvidarse que, según pudo saberse por filtraciones, en la agenda del Grupo Bilderbeg en la reunión anual del año 2022 figuraba como tema “la gobernabilidad global post guerra atómica”. Las mayorías de a pie no sabemos nada de eso, ni lo decidimos (de ahí esa falacia impresentable de la democracia como “gobierno del pueblo”, “voluntad suprema del soberano”). ¿Quién sabe efectivamente lo que las élites dominantes tienen pergeñado?

Ante la crisis, la respuesta visceral y emotiva que pone la causa de los males en esos “ilegales que quitan puestos de trabajo”, o en algún “malo de la película” (siempre se encuentra alguno: Putin, Xi Jinping, Kim Jong-un, el Chapo Guzmán, etc.) es una salida rápida: hay que levantar muros para frenar las migraciones, hay que seguir rearmándose para la guerra, hay que parar a los terroristas musulmanes o a los capos de la droga latinoamericanos. En algún momento podrán ser los alienígenas. De ahí, de esas visiones xenófobas y segregacionistas a posiciones fascistas y racistas, un paso.

El paso está dado, por ello estos triunfos electorales en muchos países del Norte, con una marcada carga antinmigrantes, y un clima de xenofobia que se va profundizando. Incluso en Argentina, país hoy empobrecido hasta los tuétanos, cierta porción de la población la emprende contra inmigrantes que llegan al país: bolivianos y paraguayos. Desplazar el odio en algún chivo expiatorio es un frecuente mecanismo psicológico (“El infierno son los otros”, dijo Sartre). Lo que parecía increíble algunos años atrás, es ahora una cruel realidad. El neonazismo no está muerto. Evidentemente la manipulación de las masas es fácil, y hoy día las técnicas *ad hoc* son super eficientes. Una población desesperada y falta de proyecto político (por la ausencia de organizaciones de izquierda con verdadera fuerza, por ausencia de proyectos transformadores viables), puede caer fácilmente en la manipulación y apostar por discursos mesiánicos, profundamente conservadores. ¿Cómo explicar, si no, que, en Estados Unidos, por ejemplo, se haya revertido la legalización del aborto? ¿O que un juez de la Suprema Corte haya afirmado que el país debe retornar a ser “un lugar de piedad”, es decir, una “auténtica nación cristiana”, por lo que el gobernador de Luisiana, Jeff Landry, promulgó una ley obligando a exhibir los Diez Mandamientos de la Biblia cristiana en todas las aulas de sus escuelas del estado, y que la población lo haya aceptado pasivamente?

La tendencia actual en Latinoamérica, en buena medida mediada por las iglesias evangélicas fundamentalistas de ultraderecha, es buscar respuestas efectistas, viscerales, que prometen soluciones casi fantásticas con una confusión de base que permite creer en “salidas mágicas” (la “mano dura” para terminar con la delincuencia, un discurso de ribetes moralistas que pone como chivo expiatorio a la corrupción -la corrupción es efecto y no causa-; en otros términos: una pretendida “motosierra” para cortar de raíz todos los males). Todo eso permite el triunfo de propuestas de ultraderecha, contrariamente a lo que parecería indicar la lógica: los pájaros disparándole a la escopeta. Claramente lo dice el exvicepresidente boliviano Álvaro García

Linera (2024):

La derecha autoritaria crece en tiempo de crisis económica y política. Si bien las derechas autoritarias tienen una larga existencia, lo cierto es que los momentos de crisis económicas y

turbulencias políticas constituyen terrenos particularmente fértiles para su crecimiento y su capacidad de disputa en el terreno político, castigo o la venganza hacia quienes consideran como los responsables de este desorden, tanto económico como moral: sindicatos “ambiciosos”, migrantes que “arrebatan” empleos, mujeres que “exageran” en sus derechos, indígenas «igualados», comunistas que envenenan almas, etcétera.

Auge de la robótica y exclusión de grandes masas

La automatización y robotización de la producción, a lo que debe sumarse la explosión de la inteligencia artificial en estos últimos años, va creando una situación sumamente preocupante para la gran masa trabajadora de todo el mundo. Estos procesos, que en un modelo no capitalista podrían ser fabulosos adelantos para la humanidad brindando más tiempo libre, liberando de las ataduras del trabajo, contrariamente a eso, en el modelo socioeconómico vigente se constituyen en un enorme problema. Más que liberar, esclavizan más. Toda esta creciente automatización va prescindiendo de las y los trabajadores de carne y hueso, con lo que el único beneficiado con la actual tendencia es el capital dominante.

Por supuesto que nadie “sobra”; la gente no puede “sobrar”; pero para cierta lógica economicista del capitalismo, donde lo único que cuenta es la tasa de ganancia, el lucro empresarial, lo que consideran “superpoblación” es un problema. De esa cuenta, y amparados en el más rancio supremacismo con aires malthusianos, no falta quien piensa -y expresa claramente, y de seguro trabaja para que así se cumpla- que hay “gente sobrante” (¿a la que habría que eliminar siguiendo ese razonamiento?). Por ejemplo, Larry Fink, presidente de BlackRock, uno de los fondos de inversión más grandes del mundo, dijo, en la reunión especial del Foro Económico Mundial sobre Colaboración Global, Crecimiento y Desarrollo Energético, en abril de 2024, sin tapujos:

Los ganadores son los países donde la población disminuye. Pensábamos que el crecimiento negativo de la población era un problema. Pero si hay xenofobia y no se deja entrar a nadie, ahí se desarrollará la robótica, la inteligencia artificial y una gran tecnología. Eso aumentará la productividad, y por tanto, el nivel de vida. Sustituir a los humanos por máquinas será más fácil en los países donde su población disminuye. (World Economic Forum, 2024, 21m06s)

Algunos autores consideran que esa ilusión ideológica -“seamos pocos pero buenos, los mejores” (¿prejuicio eugenésico como el que levantaban los nazis convencidos de ser “raza superior”?) - tiende a reforzar el supremacismo. En tal sentido, la inclusión de la robótica y la inteligencia artificial contribuyen a hacer “sobrar” población. ¿Poblaciones “sobrantes” entonces? Gente que no consume productos elaborados tecnológicamente (que no contribuye al sistema entonces, porque no gasta, no mueve los inventarios) pero que “roba

oxígeno y agua dulce”. ¿Hay que eliminarles según la lógica del capital? La aparición del VIH en África fue denunciada por la ecologista keniana Wangari Muta Maathai, Premio Nobel de la Paz 2001, como un arma bacteriológica desarrollada por las potencias occidentales para despoblar el continente africano -y quedarse con sus recursos naturales-. Aunque suene difícil de creer, conspiracionista incluso, los manejos que hace el gran capital para seguir manteniendo su tasa de ganancia autorizan a concebir barbaridades de ese tenor.

Si fuera cierto que “hay gente de más en el mundo”, según esta darwiniana visión, el portentoso avance tecnológico actual sería, indirectamente, el causante de estas desbordantes, delirantes ideas supremacistas. En los países desarrollados del Norte, por tanto, donde la robótica va reemplazando a la gente, la llegada de más “competidores” inmigrantes indocumentados- sería un problema que se afronta con muros impenetrables, con políticas migratorias durísimas, con desprecio por el “extraño”, dejándolos ahogar en el Mediterráneo o cazándolos en la frontera sur de Estados Unidos cual si fueran animales salvajes.

Conclusiones

¿Qué hacer ante este avance?

Los tiempos actuales no son favorables al cambio social. Por el contrario, son épocas de conservadurismo extremo. Los ideales socialistas de solidaridad y confraternidad, de momento han sido sacados de escena. Más precisamente aún: las actuales son épocas de odio, de mucho odio contra la idea de cambio, contra cualquier cosa que se muestre como novedosa y alternativa.

En vez de ir hacia el comunismo científico y una sociedad sin clases sociales, volvemos hacia las oscuridades medievales, a las hogueras de la Inquisición y hacia el esclavismo primitivo. Los látigos ahora son electrónicos, regidos por inteligencia artificial y difundidos -y aceptados alegremente- por las redes sociales.

Este discurso de la ultraderecha no tiene piedad; por el contrario, muestra abiertamente para qué está: para seguir beneficiando a una minúscula élite y evitar cualquier intento de cambio por parte de las grandes mayorías. Lo patético es que se ha metido tanto en la gente que muchas personas -sin más propiedad que su fuerza de trabajo- han sido tan hábilmente manejadas que vitorean alegres este corrimiento al neofascismo, sin saber bien qué está apoyando.

Como fuerzas que buscamos la igualdad, como izquierdas, como campo popular, como seres humanos que seguimos creyendo que nadie vale más que nadie, debemos resistir este aluvión, y denunciar la infame injusticia en juego. Pero no solo resistir denunciando: debemos combatir por todos los medios esta avalancha. Hoy existe una terrible guerra ideológica en curso. Hay que darla entonces.

Ese es uno de los frentes posibles. Los medios de comunicación masiva -con un mundo digital que no cesa de crecer inundando todo- contribuyen más que generosamente a esta avalancha. No hay dudas que hoy, ya entrado el siglo XXI y envueltos en un ámbito comunicacional del que no podemos prescindir (donde el internet juega un papel preponderante), el campo popular y las izquierdas tenemos mucho que trabajar allí.

Ante esta visión ultra individualista y avasalladora del otro, es necesario levantar otro ideario, otro sistema de valores que vuelva a poner en el centro de la escena el ser humano, sus glorias y sus desdichas. No hay nadie mejor que otro: todas y todos somos mortales igualmente importantes. Las estrofas de la Marcha Internacional Comunista son elocuentes al respecto: nadie vale más que nadie.

En cualquiera de sus variantes (el supuestamente democrático, o esto que vivimos ahora: neofascismos en el marco de elecciones democráticas), el sistema capitalismo sigue siendo siempre lo mismo: despiadado. Prefiere la guerra, que ve siempre como una salida para sus crisis, a compartir equitativamente los beneficios del desarrollo con las mayorías.

El capitalismo no ofrece soluciones a la humanidad; solo las da, a regañadientes, a un pequeño grupo acomodado, digamos 15 % de la población mundial que consume sin mayores problemas -capas medias- y a un pequeñísimo grupo que constituye la élite dominante.

Lo demás (el 85 % restante) es sufrimiento, penas y sobrevivencia. Sin dudas hoy, con este auge de la extrema derecha supremacista, pareciera que no hay caminos para el cambio. Pero habrá que seguir buscándolos. Deberán inventarse nuevas rutas, la izquierda deberá reinventarse, porque si no, siguiendo a Rosa Luxemburgo: “¡Socialismo o barbarie!”

Referencias

Anders, G. (2011). La obsolescencia del hombre. Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial (Vol. I). Editorial Pre-textos.

- Berardi, B. (2024). *Análisis de la cumbre de Madrid y la libertad como pura brutalidad*. Nuevo Correo de los Trabajadores. <https://cctt.cl/2024/05/29/bifo-berardi-analisis-de-la-cumbre-de-madrid-y-la-libertad-como-pura-brutalidad/>
- Bernays, E. (2016). *Propaganda. Cómo manipular la opinión pública en democracia*. Libros de Zolzal.
- Boron, A. (2002). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. CLACSO.
- Boron, A. (2020). *Bitácora de un navegante. Teoría política y dialéctica de la historia latinoamericana*. CLACSO.
- Borón, A., Amadeo, J. y González, S. (2006). *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. CLACSO.
- Brenman, D. (2021). *Empresas y nazismo. El apoyo de las grandes corporaciones a Hitler*. La Izquierda Diario. <https://www.laizquierdadiario.com/El-apoyo-de-las-grandes-corporaciones-a-Hitler>
- Brzezinsky, Z. (1998). *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Paidós.
- Callamard, A. (2025). *Mundo Perro: Amnistía Internacional advierte crisis global de DD.HH. ante el “efecto Trump”*. Nuevo Correo de los Trabajadores. <https://cctt.cl/2025/05/04/mundo-perro-amnistia-internacional-advierte-crisis-global-de-dd-hh-ante-el-efecto-trump/>
- Canary, H. (2024a). *La crisis subjetiva de la clase trabajadora*. Jacobin. https://jacobinlat.com/2024/08/la-crisis-subjetiva-de-la-clase-trabajadora/?mc_cid=d36a977cda&mc_eid=666da7d62f
- Canary, H. (2024b). *No vivimos una “crisis de dirección”, sino una crisis del propio proletariado*. Jacobin. <https://jacobinlat.com/2024/01/no-vivimos-una-crisis-de-direccion-del-proletariado-sino-una-crisis-del-propio-proletariado/>
- Castronovi, A. (2024). *Multipolaridad, socialismo y descolonización del mundo*. Geoestrategia. <https://geoestrategia.eu/noticia/42308/politica/multipolaridad-socialismo-y-descolonizacion-del-mundo.html>

- Colussi, M. (2024). *Vamos por el socialismo*. CLACSO / FLACSO <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/251694/1/Vamos-socialismo.pdf>
- De León, M. (2022). *El antropoceno en crisis y otras tantas pandemias y misceláneas*. Ibukku
- Dussel, E. (1994). 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito de la Modernidad”*. Plural Editores.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20111218114130/1942.pdf>
- Eduardo Bolsonaro. (5 de septiembre de 2021). Discurso Eduardo Bolsonaro no CPAC 2021 [archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=XTTY97zfsB8>
- El Viejo Libertario. (21 de noviembre de 2022). Milei CEPAC México 2022 [archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=fzoSOUkd55s>
- Feierstein, D. (2019). *La construcción del enano fascista: Los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Capital Intelectual.
- Figueroa Ibarra, C. (2010). *¿En el umbral del posneoliberalismo?*. F&G Editores.
- Freud, S. (1991). El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. 21). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. 23). Amorrortu Editores.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.
- Gandarilla Salgado, J. G. (2024). Geopolítica de un retorno anunciado. La hybris neoliberal en la región latinoamericana y la derechización del mundo. *Herramienta*. <https://herramienta.com.ar/?id=2572>
- García Linera, Á. (2024). Seis hipótesis sobre el crecimiento de las derechas autoritarias. *Herramienta*. <https://herramienta.com.ar/seis-hipotesis-sobre-el-crecimiento-de-las-derechas-autoritarias>
- Gluj, E., Peruani A. y Tenenbaum E. (2023). *No matarás. Consideraciones contemporáneas sobre guerra y muerte*. Fiorella Moriconi.
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere*. Einaudi.
- Gramsci, A. (2011). *Odio a los indiferentes*. Ariel.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.

- Harvey, D. (2005). *El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión*. CLACSO.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX. Historia del mundo contemporáneo*. Editorial Crítica.
- Jaén Urueña, J. (2023). Demonios del pasado (un debate sobre los fascismos de ayer, hoy y mañana). *Trasversales*, (64). <https://www.trasversales.net/t64jjnf.htm>
- Jourdan, J. P. (2002). *Documents d'histoire contemporaine*, vol. I: e XIXe siècle. Presses Universitaires de Bordeaux.
- Kasman, B. (2025). JPMorgan eleva al 60 % las posibilidades de una recesión global tras los aranceles de Trump. *EFE*. <https://efe.com/economia/2025-04-04/jpmorgan-posibilidad-recesion-global-aranceles-trump/>
- Katz, C (2023). ¿Fascismo, populismo o ultraderecha? *Herramienta*. <https://herramienta.com.ar/fascismo-populismo-o-ultraderecha>
- Katz, C. (2008). *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*. Ediciones Luxemburg.
- Laclau, E. (2006). La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Nueva Sociedad*, (205). <https://nuso.org/articulo/la-deriva-populista-y-la-centroizquierda-latinoamericana/>
- Le Bon, G. (2020). *Psicología de las masas*. Morata.
- Lesahumanidad Mendoza. (2024). El comando moralizador Pio XII. <https://lesahumanidadmendoza.com/2014/07/pio12/>
- López y Rivas, G. (2021). *Mandar obedeciendo: la ruptura del cerco*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- López y Rivas, G. (2024). La internacional antifascista. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2024/09/27/opinion/016a2pol>
- Lyotard, J.-F. (2006). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Cátedra.
- Mazzeo, M. (2024). La lengua de la derecha. *Herramienta*. <https://herramienta.com.ar/la-lengua-de-la-derecha>
- Monereo, M. (2024). La extrema derecha y el fin del neoliberalismo. *Nortes*. <https://www.nortes.me/2024/06/05/la-extrema-derecha-y-el-fin-del-neoliberalismo/>

- Ordóñez, M. F. (2024). El Estado te roba, siempre. *The Objective*.
<https://theobjective.com/elsubjetivo/opinion/2024-05-20/el-estado-te-roba-siempre/>
- Pavón-Cuellar, D. (2023). El Marx de Žižek y el marxismo žižekiano. *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, (70), 187-204.
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1422>
- Paxton, R. (2019). *Anatomía del fascismo*. Capitán Swing
- Reinhart, C. y Rogoff, K. (2011). *Esta vez es distinto: ocho siglos de necesidad financiera*. Fondo de Cultura Económica.
- Robinson, W. (2007). *Una teoría sobre el capitalismo global: producción, clases y Estado en un mundo transnacional*. Ediciones Desde abajo.
- Roncal Vattuone, X. (2024). Por qué emergen las nuevas derechas en América Latina. *Nuevo Correo de los Trabajadores*. <https://cctt.cl/2024/11/29/por-que-emergen-las-nuevas-derechas-en-america-latina/>
- Rothé, B. y Mordillat, G. (2011). *Il n'y a pas d'alternative!: trente ans de propagande économique*. Éditions du Seuil.
- Sheppard, R. Z. (1971). Books: Rock Candy. *Time*.
<https://web.archive.org/web/20110204090926/http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,905004,00.html>
- Toffler, A. (1980). *La tercera ola*. Plaza & Janes S. A.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Traverso, E. (2024). El fascismo como concepto transhistórico. *El Ciudadano*.
<https://www.elciudadano.com/actualidad/el-fascismo-como-concepto-transhistorico/05/11/>
- World Economic Forum. (29 de abril de 2024). Investing amid Global Fracture [archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=PoRVYFHNc6k>
- Zoja, L. (2024). *La pérdida del deseo. Por qué el mundo está renunciando al sexo*. Fondo de Cultura Económica.